

## ESQUELETO DEL SERMON I

## SOBRE LA TRANSFIGURACION

## DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

(Jesus) transfiguratus est ante eos. (Matth. XVII, 2).

(Jesus) se transfiguró en presencia de ellos.

1. El amor de lo bello es innato en el hombre... Aspira siempre á la belleza de su alma y cuerpo... La de este y aquella vino á procurarnos y restablecer en nosotros Jesucristo... De ello nos dió una prueba clarísima en su gloriosa transfiguracion... Nos mostró su naturaleza divina que regia é irradiaba la humana, y nos manifestó la gloria comunicada por él á toda la naturaleza humana en los cuerpos de sus santos fieles...

*Primera parte.*

2. Jesús escogió de entre todos sus Apóstoles algunos que con sus propios ojos viesan brillar por entre la oscuridad de su humana naturaleza los rayos de su naturaleza divina, para poder dar á conocer á las gentes, como testigos oculares, la majestad y poder del Salvador...

3. Narracion de la transfiguracion de Jesús, segun los santos Evangelios. Con ella conservó la fe de sus discípulos y avivó en ellos el deseo de abrazar la cruz... Tres cosas se notan en la transfiguracion: la magnificencia de Jesús, la aparicion de Moisés y de Elías, y la voz que salió de la nube.

4. Se transfiguró, pero sin cambiar las naturales facciones de su rostro... Este apareció brillante como el sol... Sus vestidos blancos como la nieve... Varias formas bajo las cuales le contempló Daniel...

5. No por haberse transfigurado, transformó su cuerpo en cuerpo glorioso... Este era pasible... La luz con que resplandeció estaba oculta en su interior...

6. Esto fue un milagro y al propio tiempo un misterio... Si los hombres le hubiesen conocido, no le hubieran crucificado... Pro-

hibicion hecha á los Apóstoles de hablar de la transfiguracion hasta despues de la Resurreccion...

7. Os recuerdo estas cosas para que ameís con mas amor y deis gracias con mas efusion á aquel que las obró á impulsos de su divino amor para con nosotros...

8. Dicha de Pedro durante la transfiguracion de Jesús... Dicha tambien de Moisés y Elías durante la misma... Lo que habian visto hasta entonces no era mas que sombras...

9. Voz que salió de la nube... Y ¿cómo hablar de ella dignamente? Ángeles santos...

10. Este es mi Hijo predilecto... Significado de las palabras del Padre... Por tí, ó Hijo mio...

*Segunda parte.*

11. Á mas de su gloria natural, Jesús nos demuestra en este misterio la que comunica á la naturaleza humana en los cuerpos todos de los Santos.

12. Ni uno solo entre los santos Padres, griegos y latinos, dejó de ver en la transfiguracion del Señor una imágen de la gloria con que los cuerpos de los Santos resplandecerán eternamente.

13. No llamó á los Ángeles sino á los hombres para que, testigos de su gloria, viesen la clara y viva imágen de la que reserva á sus cuerpos.

14. El Señor reunirá todos los Santos, en cuerpo y alma, al redor de sí, y los transfigurará en su luz... Se adornará con ellos... ¡Cuán grande será la felicidad de estos!... Llorarán los impíos...

15. En las palabras del Padre tanto en el Tabor como en el Jordán se descubre la adopcion de los hombres como á hijos de Dios... La adopcion encierra la conformidad entre los hermanos. Esta se nos da por gracia en el Bautismo, y se nos dará por gloria en cuerpo y alma en el empíreo...

16. *Resúmen...* Moisés y Elías hablaron con Jesús de la muerte que habia de padecer en Jerusalem. Esto nos manifiesta que la gloria celestial es exclusivamente fruto del árbol de la cruz... Es, pues, menester que nos transfiguremos ahora en Jesucristo crucificado para serlo despues en él glorificado... Mortifiquémonos, pues, en la cruz... *Deprecacion...*

## SERMON I

## SOBRE LA TRANSGIGURACION

## DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

(Jesus) transfiguratus est ante eos. (Matth. xvii, 2).

(Jesús) se transfiguró en presencia de ellos.

1. El amor de la belleza, hermanos míos, es ingénito en el hombre, y por esto aspira naturalmente á la hermosura de su alma y de su cuerpo. Esta aspiracion, cuando no está ordenada por la divina gracia, mueve al humano ingenio, como se ha visto en todos tiempos, á practicar vanamente muchos y profundísimos estudios, y á idear muchos, diversos y sutilísimos artificios para hermohear y adornar, en cuanto alcanza, las almas y los cuerpos. Por otra parte vemos que los mas de los hombres, llevados del mismo concupiscible amor á la belleza, se afanan y desvelan continuamente por conservar, hermohear y perfeccionar á medida de su sensual vanidad la parte corporal de su persona, olvidándose enteramente de la espiritual. No es el presente dia, en que celebramos la gloriosa Transfiguracion de Jesucristo, ocasion oportuna para demostrar una vez mas hasta dónde llega la necesidad de esos hombres; pero conviene, sí, oyentes míos, recordar hoy, que nuestro santísimo Redentor, movido de su ardentísima caridad, tomó á su cargo este cuidado, y por la eficacia y virtud de su sangre preciosa, no solo devolvió á nuestra alma su perdida belleza, aumentándola con dones y gracias celestiales, sino que encendió de nuevo una esplendorosísima luz, por cuyo medio serán maravillosamente embellecidos los cuerpos de todos aquellos que le hayan seguido en el desprecio y la crucifixion de sí mismos. Aun mas; no contento de habernos prometido esta tan maravillosa belleza, que es un reflejo de la suya propia, quiso darnos por sí mismo, mientras vivia en la tierra, una prueba clarísima de ella en su transfiguracion. Con efecto, en este inefable misterio, el Señor nos puso á la vista la verdadera y viva imágen de la gloria á que elevó la naturaleza humana que habia tomado, mos-

trándonosla en sus esplendores, no solo perfectamente reintegrada á su primer estado, sino superabundantemente adornada de bellísimas y sobrenaturales formas, y hecha conforme á la gloria divina no solo en la parte espiritual, sino tambien en la corporal. Pero ¿qué digo conforme? Conforme, sí, en cuanto á nuestra propia humanidad; mas en cuanto á su humanidad sacratísima, esta se nos mostró en aquel felicísimo dia peregrinamente transfigurada en los esplendorosos rayos de su luz y unida á su divinidad, y como dicen místicamente los Santos, divinizada. De manera que Jesucristo, en la gloria de la naturaleza que habia tomado, nos hizo ver á un mismo tiempo dos principales cosas: nos mostró su naturaleza divina, que regia é irradiaba la humana, y nos manifestó la gloria comunicada por él á toda la naturaleza humana en los cuerpos de sus santos fieles. Estos dos puntos, considerados separadamente, formarán la materia del discurso que hoy me he propuesto dirigir sobre la Transfiguracion de Jesucristo. Si los escuchais atentamente y los meditais con espíritu de fe viva, lograréis dos objetos: primeramente, con la contemplacion de la gloria de Jesucristo haréis que arda en vosotros el deseo de adorarle glorioso en los cielos con muchísimo mas afecto y devocion; y en segundo lugar, por la manifestacion de los humanos cuerpos santificados en la tierra inferiréis el esplendor mucho mas refulgente de las almas santas glorificadas en el cielo. Por tanto os ruego, oyentes míos, que me prestéis benévola atencion. Saludemos antes á María: *Ave María.*

## Primera parte.

2. No me detendré á manifestaros la necesidad que habia de que el Hijo de Dios humanado se revelase á los hombres como verdadero Dios, así como por la carne que habia tomado se mostraba verdadero hombre, ni el número y naturaleza de los medios de que se valió para dar á conocer al humano entendimiento su natural divinidad; pues seguramente no hay entre vosotros ninguno que ignore nada de esto. Tampoco me ocuparé en probaros cuán necesario era que semejante verdad, de tal modo revelada y confirmada, fuese divulgada por todo el mundo y creida por divina fe, ni cuántos y cuántos fueron los generosos é invictos anunciadores de esta verdad, que dieron testimonio de ella con su sangre: cosas son estas bien sabidas de todos nosotros, y tan caras á nuestro corazon como la fe santísima por cuyo medio somos iniciados en la vida es-

piritual. Por esto, pues, nuestro bondadoso Redentor juzgó conveniente, de entre todos sus Apóstoles, elegidos para difundir por la tierra la nueva luz evangélica, arrojando por ella los ultrajes, los suplicios y la muerte, escoger algunos que con sus propios ojos viesesen brillar por entre la oscuridad de su humana naturaleza los visísimos rayos de su naturaleza divina, y viesesen igualmente toda la belleza y esplendor que las injurias y padecimientos del cuerpo comunican al cuerpo mismo; á fin de que por una parte pudieran decir con verdad á todas las gentes: Os hemos dado á conocer el poder de Jesucristo, no por las falsas y artificiosas relaciones de algun impostor, sino por cuanto nosotros mismos hemos contemplado en el monte santo su majestad y oído la voz de Dios Padre que le hablaba desde su magnífica gloria; y por otra parte pudiesen decir valerosamente á los tiranos enemigos del nombre de Jesús crucificado: Nosotros no tememos á los que matan el cuerpo; dadle muerte si quereis y os lo permite aquel que es la vida, el cual, así como nos hizo contemplar su gloria, así tambien en el dia de su juicio resucitará nuestro vil cuerpo, hecho semejante á la claridad de su cuerpo glorificado.

3. Pero ¿en qué términos se verificó la transfiguracion de Jesucristo? Oid, hermanos míos, lo que sobre esto nos dicen los santos Evangelios. Jesucristo, hablando un dia con sus discípulos, les dijo: Si alguno quiere seguirme, renuncie á sí mismo, y tome su cruz y sígame; y luego añadió: En verdad os digo que algunos de los que están aquí, no gustarán la muerte hasta que hayan visto el reino de Dios. Pocos dias <sup>1</sup> despues, Jesús tomó consigo á Pedro, Santiago y Juan, y subió con ellos solos á un alto monte para orar; y mientras estaba orando, se transfiguró en presencia de ellos: su rostro resplandeció como el sol, y sus vestiduras se tornaron resplandecientes y blancas como la nieve; y al mismo tiempo aparecieron en majestad dos varones, Moisés y Elías, que hablaban con él de la muerte que habia de padecer en Jerusalem. Entonces Pedro dijo á Jesús: Señor, bien será que nos estemos aquí, y hagamos, si quieres, tres tiendas, una para tí, otra para Moisés, y otra para Elías; y mientras estaba hablando, vino una nube luminosa que los cubrió, y salió de la nube una voz que decia: Este es mi Hijo el amado, en quien yo mucho me he complacido, oidle. Y cuando los discípulos oyeron la voz, cayeron sobre sus rostros; mas alzando ellos despues los ojos, á nadie vieron, sino solo á Je-

<sup>1</sup> Matth. xvii, 1; Marc. ix, 1; Luc. ix, 28.

sús. Despues de esto Jesús bajó del monte con sus tres discípulos. Así hablan, hermanos míos, los santos Evangelios. De ahí deduzco yo que la transfiguracion del Señor nos representa la imágen clara y viva, en cuanto á Jesús, de su natural y divina gloria, y en cuanto á nosotros, de la gloria que por medio de él han adquirido nuestros cuerpos. De esta manera Jesucristo conservó la fe de sus discípulos, á quienes habia dicho que algunos de ellos, antes de gustar la muerte, verían el reino de Dios, y al propio tiempo avivó en ellos el deseo de abrazar la cruz, despues que hubieron visto la gloria que por medio de la cruz obtienen, aun en el cuerpo, los que la abrazan con amor. En cuanto á la imágen de la gloria de Jesucristo, considero la magnificencia de este, la aparicion de Moisés y de Elías, y la voz que salió de la nube.

4. Como hemos visto, léese en los divinos Libros que Jesucristo se transfiguró, y que su rostro resplandeció como el sol. ¿Se transfiguró? preguntaráis tal vez con admiracion. Se transfiguró, sí, oyentes míos, y esta palabra, consagrada por la Religion, santificada por los Padres y dictada por el Espíritu Santo, ha de respetarse como toda palabra divina; pero no ha de entenderse en el sentido de que en aquel instante el Señor cambiase las naturales facciones de su rostro, ó se despojase del terreno manto de su cuerpo para cubrirse con un velo espiritual, errores propios de cabezas delirantes é insensatas; transfiguróse en esplendor, y el semblante que resplandeció y tornó relucientes sus naturales facciones, no fue otro que el suyo propio, opaco, sí, y oscuro, y no pintado por sí de ningun color; como son las cosas corporales no iluminadas; pero se transfiguró de suerte que la transparencia de los vivos rayos de la brillantísima luz divina y el resplandor que aquellos derramaban exteriormente por todos lados, hicieronlo resplandecer de nueva y admirable manera. No, no se mudó en lo mas mínimo la primitiva forma, ni la sustancia de su rostro ó de su cuerpo, que brilló con una luz sobrenatural; sino que, como está escrito, mudóse la aparicion y la gloria: *Resplenduit, sicut sol; et facta est species vultus ejus altera*. De una manera semejante el profeta Daniel, en las enigmáticas visiones que tuvo de los misterios de él, contemplóle bajo varias formas visibles de cosas creadas: ya bajo la forma de crisólito que daba á su bellissimo cuerpo la brillantez del oro, y lo cubria de pequeñas llamas que parecian de fuego; ya cual refulgente sol que brillaba en su sereno rostro, y cuál trémulos fulgores que relucian suavemente encima de él; ya á manera de brillante nieve, que ba-

ñaba de celestial candidez sus intactos cabellos; ya cual sutilísimo fuego que inflamaba sus vigilantes ojos y arrojaba al exterior vivísimas y chispeantes llamas. Así él que en aquellos antiguos tiempos se mostró muchas veces, bajo las proféticas sombras, triste, pálido y sombrío, mostróse en las riberas de Iddechel cubierto de brillantes resplandores bajo las esplendorosas formas de crisólito, de oro, de sol, de luz, de nieve y de fuego; y sin embargo, en sus misteriosas apariciones es el mismo Hijo de Dios y de la Virgen en quien nada se ha mudado, y lo que brilla en la mente del Profeta no es mas que la imágen de su gloria trocada en otra que nos oculta la verdadera gloria de él, transfigurado en el monte santo; divina gloria, cuya claridad, superior sin comparacion alguna al ardor del fuego, á la brillantez del oro, á la blancura de la nieve y al resplandor de los fulgores, de los soles y de los crisólitos, ven brillar Pedro, Santiago y Juan al través del radiante cuerpo de su divino Maestro.

5. Cuando digo que se vió brillar al través de su radiante cuerpo la luz de la divina gloria, no quiero decir, oyentes míos, que (en ella) el sagrado cuerpo de Jesús se convirtiese en cuerpo glorioso; pues aunque los santos Padres dicen que así como el sol brilla con sus rayos, el cuerpo de Jesús brilló con la gloria de su divinidad, no quieren significar con esto que pasara á ser glorioso; lo cual no debia suceder en aquella hora, porque el Hijo de Dios vistióse de carne pasible para someterla á los padecimientos y á la muerte, en la grande obra de la Redencion. Quizás elevó su cuerpo por encima de la condicion mortal, comunicándole por algun tiempo, ya una, ya otra de las cualidades gloriosas; pero no lo puso en la condicion de la gloria. ¿Por ventura hizo glorioso su cuerpo, cuando en virtud de una sutileza sobrehumana salió del seno virginal de María sin abrirlo, ó cuando con admirable ligereza caminó por encima de las aguas del mar, tocando apenas la superficie de ellas? ó cuando por efecto de una repentina invisibilidad salió del templo y pasó por en medio de los judíos sin ser visto de ninguno de ellos? No, no lo hizo glorioso, aunque, comunicándole separada y pasajeraamente las cualidades de la gloria, lo hizo ya sutil, ya ligero, ya invisible, ya, como en el acto de la transfiguracion, enteramente iluminado con la luz divina de la gloria. Si una sola vez lo hubiese hecho glorioso, no lo hubiera vuelto al estado de pasibilidad; porque es tal la naturaleza de la gloria celestial, que lo que esta hace glorioso, comunicándole perennemente esta calidad, glorioso se mantiene y permanece, y cual sol que ja-

más declina, consérvase eternamente en la altura de su cenit. Así es, que nosotros contemplamos el cuerpo sagrado de Jesús, no glorioso, pero sí resplandeciente con la luz de la gloria. Incomprensible misterio y milagro es este; pero ¿qué cosa hay en Jesús, Hombre-Dios, que no sea misterio y milagro incomprensible al humano entendimiento? Esta misma luz que así lo ilumina ahora, ¿no estuvo hasta este instante milagrosa y misteriosamente oculta? Y así como el poder divino ha querido que parezca ahora al exterior, ¿no quiso asimismo que permaneciese encerrada en el interior? ¿Quién de vosotros no sabe que el alma nobilísima del Redentor desde el instante que fue criada fue súbitamente santa, y resplandeció en ella la luz eterna? ¿Cuál de vosotros ignora que no podia dejar de transmitir á los formados miembros la luz juntamente con la vida? Porque aquella alma escogida que desde el primer momento de su existencia fue perfectamente muda á la persona del Hijo de Dios, que era el término y el complemento de ella misma y de su cuerpo, tan pronto como abrió en aquel primer instante los ojos de su purísimo entendimiento, por una gracia singular y propia de ella sola, vió resplandecer plenamente y á descubierto sobre de sí la inmensa luz de la divina esencia, y no bien hubo fijado en aquella luz sus clarísimos ojos, inflamóse en ella y brilló tambien toda con un resplandor semejante á aquella luz; y al punto que brilló con los eternos resplandores, por necesidad hubo de comunicarlos á su cuerpo, de manera que inmediatamente todos sus miembros empezaron á brillar muy intensamente con aquellos resplandores que el mas puro y terso cristal no brilla por la reflexion del sol. Sin embargo, Dios, para que el cuerpo de Jesucristo fuese pasible, repelió y encerró en lo mas recóndito de su alma aquellos rayos que por su naturaleza tendian á derramarse fuera de ella.

6. De este gran milagro podeis inferir, oyentes míos, qué milagro mucho mas grande se necesitaria para que en aquel santo cuerpo que, así como está animado por un santo espíritu, está tambien sustentado por una persona divina, no se trasluciese la divinidad de esta persona. Verdad es que el manto humano con que la divina persona está cubierta no puede ocultar ni ofuscar su relumbrante claridad, claridad del Hijo de Dios, que es el inseparable esplendor de la gloria del Padre, y que juntamente con este es la fuente de la eterna luz; mas sin embargo Jesucristo hizo de su cuerpo una especie de opaca nube que misteriosa y milagrosamente interceptó los rayos de su luz, de manera que ni uno solo de ellos le

descubrió. Esto, oyentes míos, á mas de ser un milagro, fue tambien un misterio, porque escrito está que si los príncipes del siglo hubiesen conocido al Señor de la gloria, no lo hubieran crucificado. Por esta razon al bajar Jesús del monte con los discípulos, en cuya presencia se transfiguró, impúsoles el siguiente mandato: No digais á nadie la vision, hasta que el Hijo del Hombre resucite de entre los muertos; pues quiso ser desconocido en el mundo cual extranjero, para que se cumpliese la voluntad del Padre hasta las postre- ras angustias de su mortal crucifixion.

7. Mas ¿por qué os expongo, hermanos míos, todas estas cosas? ¿Acaso es mi objeto aprovechar hoy la oportunidad de explicá-ros las, á fin de que las considereis y mediteis, y por medio de esta meditacion ameis con mas amor y deis gracias con mas efusion á aquel que las obró á impulsos de su divino amor para con nosotros? Sí, amados míos, con este objeto os las recuerdo, y ruego á Dios que fructifiquen en vosotros. Pero tambien os las recuerdo para que, ya que yo con mis palabras, en vez de aclarar la idea que tenais formada de la gloria que Jesucristo nos manifestó en su transfiguracion, quizás he contribuido á oscurecerla, podais vosotros con vuestra buena comprension formaros un concepto mas claro y elevado de aquella divina gloria. Así, oyentes míos, considerando la gran luz por la cual el alma de Jesús, comprendiendo á Dios, es comprendida, y considerando igualmente la grandísima luz de su divinidad; considerando despues, como aquellas dos luces emanadas de una sola, de repente, al transfigurarse Jesucristo, se desatan, se mueven y se comunican del alma al cuerpo, y alumbran y esclarecen el rostro, los miembros y los vestidos del Salvador, y lo envuelven y adornan con brillantes rayos á manera de radiantes auréolas; considerando todo esto, amados oyentes, figuraos las llamas que salen al exterior, brillan y circulan por todos lados cual bellísimas estrellas, y reflejadas de mil maneras, resplandecen y se precipitan desde los encendidos peñascos del monte: dichosas llamas, debeis pensar entonces; llamas que arden con el fuego de la gloria; arden, y no queman; arden, y no deslumbran; arden y confortan y deleitan, y á los que las miran hacen gozar anticipadamente las delicias del paraíso.

8. ¡Dichosos verdaderamente los discípulos á quienes Jesús hizo la imponderable gracia de mostrárseles en tan sublime gloria! ¿Qué mucho, pues, que el buen Pedro manifestara el deseo de que no se le quitase de los ojos la vision que con tanta alegría, casi ex-

tático, contemplaba y adoraba; vision de la luz que emana de él (del Hijo de Dios), en quien, como está escrito, desean mirar los Angeles? Grato le era á Pedro el contemplar en una mañana serena, sentado en la popa de su barquilla, como asomaba el sol su luciente disco por entre las azuladas aguas del mar, y doraba con sus primeros rayos las elevadas cimas de los montes; grato le era tambien el contemplar en una clara noche la sublime magnificencia de los cielos... Pero ¿á dónde me lleva mi imaginacion? No es bien que comparemos la clara luz con las oscuras sombras. Oscuras sombras fueron las luminosas figuras que Dios mostró á los antiguos Padres y Profetas; sombras fueron las columnas portentosas que discurrieron por el desierto; sombras las inflamadas nubes que aparecieron encima de los tabernáculos; sombras las zarzas ardientes; sombras el centelleante carro de Elías; sombras la faz resplandeciente de Moisés. Dichosos aquellos santos Profetas y Padres que vieron brillar algun rayo de luz entre las sombras; pero mas felices aquellos que, disipadas las sombras, vieron la verdadera luz. Mil veces dichosos vosotros, Elías y Moisés, que con amoroso deseo suspirásteis por contemplar el hermoso semblante del Señor de la gloria. Tú, Moisés, en el monte Sínai, desde el hueco de la roca donde te puso tu Señor, no viste mas que sus hombros al pasar con la rapidez del viento; y tú, Elías, cuando pasó por delante de tí en el monte Horeb, tampoco le viste mas que cual ligero relámpago que sale del silbo de un vientecito suave. Mas ahora, tú, ó Moisés, que desde el lugar de tu descanso has subido al Tabor, despues de haber tomado tu alma en un instante, no tu propio cuerpo, que dejaste en los montes de Abarim, en uno de cuyos mas ocultos valles el Señor lo hizo esconder invisiblemente, sino, segun la voluntad de Dios, otro diverso cuerpo, como lo toma un Angel cuando se aparece á los hombres en forma humana; y tú, ó Elías, que has descendido de las aéreas regiones á donde repentinamente fuiste arrebatado por el carro y los caballos flamígeros de Dios para vivir tranquilamente hasta la consumacion de los tiempos; ahora digo, vosotros, Moisés y Elías, cuya caridad respira siempre el nuevo y suavísimo olor del seráfico incienso, habeis sido puestos por Dios á su lado en el monte Tabor, y contemplais su hermosísimo semblante que resplandece con la luz de su gloria, mientras que vosotros resplandeceis tambien con la luz de él. Vosotros aquí lo declarais Emanuel, Dios con nosotros, admirable, fuerte, príncipe de la paz, consejero, padre de la eternidad.

Vosotros lo declarais aquí, no Jeremías, no Elías, no Juan, no uno de los Profetas, sino verdadero Cristo, Hijo de Dios vivo, no raptor de la divinidad del Padre, sino poseedor coeterno con él por la unidad de esencia. Vosotros le declarais Señor de la vida y de la muerte, Juez de los muertos y de los vivos, Redentor de los que han sido y de los que serán, Autor y dispensador de la gracia y de la gloria; lo declarais sustancial objeto de las Escrituras y de las profecías, y declarais por último, que solo él es la conveniencia, el consentimiento, la perfeccion y el cumplimiento de la Ley y de los Profetas. ¡Mil veces dichosos vosotros, que habeis sido elegidos para tan gozoso objeto! Permaneced con Jesús y hablad con él en tanto que os lo permite. Cuando partais de aquí y volvais á los santos lugares de vuestra incesante meditacion, contemplad allí con frecuencia interiormente la deliciosa imágen del adorable Jesús transfigurado, cuya imágen conservaréis clarísimamente en vuestra memoria, hasta que llegue el deseado día en que el mismo Jesucristo en su propia luz os hará ver, contemplar y comprender por toda la eternidad, separada de toda luz creada, la pura luz increada de la divina esencia.

9. Habiéndoos hablado ya, oyentes míos, de la divina luz de Jesucristo transfigurado y de la aparicion de Moisés y Elías, voy á hablaros ahora, segun me lo he propuesto, de la voz que salió de la nube. Pero ¿quién me dará para esto palabras suficientes? Ángeles santos, vosotros á quienes está confiada la custodia de este nobilísimo templo, vosotros que, colocados junto al augusto altar, adorais en las especies del Sacramento el refulgente glorioso cuerpo de Jesús, y le contemplais en el empíreo cielo, sentado á la diestra del Padre, tocad y purificad mis labios con alguna centella del divino fuego que os inflama, é inspiradme palabras dignas del objeto que voy á tratar. Y vosotras, ó almas santas que os habeis congregado aquí para meditar conmigo los tan grandes y amados misterios de nuestra santísima fe, oid con amor y con temblor la voz del Padre celestial.

10. Mientras que Moisés y Elías, acabado su coloquio con Jesús, se disponian á separarse de él; y en tanto que Pedro, despues de haber manifestado á su Maestro el deseo de hacer las tres tiendas, estaba aun hablando; vino del cielo una nube luminosa que les hizo sombra, se colocó en forma de tabernáculo sobre Jesús, Moisés y Elías, y condensándose al rededor de los dos Profetas, los ocultó enteramente; y habiendo quedado Jesús solo con los discipu-

los, salió de la nube una voz que dijo: Este es mi Hijo el amado, en quien yo mucho me he complacido, oídele. ¡Oh voz! ¡Oh voz dulcísima del divino Padre! ¡Oh voz llena de mil y mil misteriosos conceptos! Este es, dice el Padre á su amabilísimo hijo Jesús, que peregrinaba en la tierra para conducirnos á nosotros pecadores al reino de los cielos, este es mi Hijo el amado en quien yo me he complacido. Este, que se ha hecho carne, y es hijo del hombre, es mi Hijo natural, engendrado hoy por mí en el principio ante los cielos, y colocado en mi secreto seno junto á mí, sobre el trono de mi eternidad: en él me contemplo y me complazco. Me complazco en él, que desde Edom y de Bosra vuelve á mí con los vestidos teñidos de sangre. Me complazco en él, por el qual yo reconstituiré mi imperio sobre el monte Sion, y pondré allí los sillares de mi fortaleza: allí formaré mi pueblo de Israel, el tercero con el egipcio y el asirio, y desde allí la gloria de mi paz resonará por la tierra tanto cuanto alumbra el sol. Me complazco en él, á quien yo he llamado de una intacta flor de virginidad, á quien he cubierto con la sombra de mi virtud (ó de mi poder), y le he ceñido mi espada y le he dado las saetas que mi arco tricorde arroja y vibra; y por el qual veo ahora rotas las cadenas, abiertas las cárceles, disueltos los lazos, levantados los valles, arrasados los montes y las colinas, enderezados los caminos tortuosos, y allanados los ásperos senderos. Ahora veo á mi nueva Jerusalem, que ha trocado en guadañas sus lanzas, venir alegre al convite de mi santidad y de mi justicia, y sentarse á la mesa de mis dulcísimos manjares y de mis vinos finísimos, y embriagarse y regocijarse en ella. He abrasado y destruido populosas ciudades y villas, y he aniquilado sus orgullosos moradores. Ahora por tí, amado Hijo mio, no me celebrará ya mas la muerte ni el sepulcro: yo reuniré todas las gentes en mi ciudad de la vida, fabricada con mi oro, rodeada de mis zafiros, topacios y esmeraldas, é iluminada, no por la luz del sol ó de la luna, sino por la claridad de mi altísimo oriente. Yo haré que sus campos sean mas verdes, floridos y feraces que los de Sarón, Acór y Eden, y pondré en ellos mis palmas de Engaddi, mis cipreses de Hermon, mis rosas de Jericó, mis cedros de Tiro, y el cinamomo y el gálibano y el terebinto. Por tí, ó Hijo mio, yo derramaré mi Espíritu sobre todos los pueblos, y los hijos y las hijas de ellos, y los jóvenes y los viejos profetizarán mis profecías, soñarán mis sueños y verán mis visiones. Arderán entre ellos aquí bajo el timiamates y el incienso, y las nubes de humo subirán hasta mí